

Rosette

**La muchacha
de los arcoíris
prohibidos**



Título original en italiano:
La ragazza dagli arcobaleni
proibiti

Edición en italiano:
Youcanprint

Título:
La muchacha de los arcoíris
prohibidos

Autor:
Rosette

Traducido al español por:
Saadia Bracamonte

Publicado por:
Tecktime

Todos los derechos reservados -
Rosette © copyright 2015/2018

Capítulo Primero

Levanté el rostro, ofreciéndolo al apacible viento. La brisa ligera me pareció de buen augurio, casi una amiga, una señal de que mi vida estaba cambiando de rumbo, y esta vez para bien.

Apreté con más firmeza la mano derecha en la maleta y reanudé el camino con una confianza renovada. No estaba lejos de mi lugar de destino, a juzgar por las indicaciones tranquilizadoras del chófer del autobús, y que yo esperaba fueran ciertas, y no simplemente optimistas.

Cuando llegué a la cima de la colina, me detuve, en parte para retomar el aliento, y en parte porque no podía creer lo que veían mis ojos.

¿Modesta morada? Así la había definido la señora McMillian al teléfono, con el candor típico de la gente que vive en zonas rurales. Y era evidente que estaba bromeando. No podía haber hablado en serio, no podía ser tan ingenua respecto al resto del mundo.

La casa se erguía majestuosa y real como un Palacio de Hadas. Si su ubicación había sido elegida con el deseo de mimetizarla con la tupida y lozana vegetación circundante, bueno... el intento había fracasado.

De pronto me sobrevino una sensación de cohibimiento, por lo que evoqué el entusiasmo con el que había afrontado el viaje de Londres a Escocia, y de Edimburgo a aquella pintoresca, apartada y tranquila aldea de las Highlands. Esa oferta de trabajo me había caído como un bumerán, un maná del cielo, en un momento triste y carente de esperanzas. Me había resignado a pasar de una oficina a otra, cual más anónima y miserable, en calidad de secretaria todo servicio, destinada a vivir de ilusiones. Luego la

lectura casual de un anuncio y la llamada de la que había surgido ese radical cambio de residencia, una mudanza brusca pero fuertemente deseada. Hasta hace unos pocos minutos, todo eso me parecía magia... ¿Qué había cambiado, a fin de cuentas?

Suspiré y obligué a mis pies a ponerse en movimiento de nuevo. Esta vez mi camino no fue triunfal como pocos minutos antes, sino más bien torpe y vacilante. La verdadera Melisande volvía a flote, más fuerte que el lastre con el cual había vanamente intentado ahogarla.

Recorrí lo que quedaba del camino, con lentitud exasperante, y fui inmensamente feliz de estar sola, sin que nadie pudiera adivinar el verdadero motivo de mi indecisión. Mi timidez, manto protector dotado de vida autónoma, a pesar de mis reiterados y fracasados intentos de sacármela de encima, había vuelto con prepotencia a la palestra, recordándome quién era. Cómo si pudiera olvidarlo.

Llegué a la verja de hierro, por lo menos de tres metros de alto, y aquí tuve una nueva paralizante vacilación. Me mordí los labios, barajando las alternativas que tenía a disposición. Muy pocas, a decir verdad. Volver atrás estaba fuera de discusión. Había yo pagado los gastos a reembolsar del viaje, y el dinero que me quedaba era poco; muy poco, en verdad. Y además, ¿qué me esperaba en Londres? Nada. El vacío absoluto. Incluso mi compañera de habitación se esforzaba por recordar mi nombre o, en el mejor de los casos, lo trabucaba.

El silencio en torno a mí era absoluto, fragoroso en su total inmovilidad, roto sólo por los ruidos sordos de mi corazón. Puse la maleta en el angosto camino, sin preocuparme por las posibles manchas de la hierba. Total, para mí, ellas no importaban nada. Estaba relegada en un universo en blanco y negro, carente de cualquier asomo de color.

Y no en el sentido metafórico.

Me llevé una mano a la sien derecha, y efectué una ligera presión con las yemas de mis dedos. Había leído en alguna parte que servía para aflojar la tensión, y aunque lo encontraba algo estúpido y básicamente inútil, proseguí, obediente a un ritual en el que no tenía ninguna fe, sólo respeto a

una costumbre consolidada. Era agradablemente reconfortante tener costumbres. Había descubierto que contribuía a tranquilizarme, y no me separaba nunca de ninguna de ellas. Bueno, no en ese momento.

Había dado un giro violento hacia una dirección opuesta a la habitual, dejándome arrastrar por la corriente, y en aquel momento qué no hubiera dado por volver atrás.

Extrañé mi habitación en Londres, pequeña como la cabina de un buque, la sonrisa distraída de mi coinquilina, las travesuras de su gato panzudo, e incluso las paredes desconchadas.

De repente, sin previo aviso, mi mano volvió a coger la maleta de cuero, mientras me separaba de la verja a la que me había aferrado con la otra mano sin darme cuenta. No sabía qué debía hacer: si dar marcha atrás o tocar el timbre, y ya no tuve manera de averiguarlo, porque en ese preciso instante sucedieron dos cosas simultáneamente.

Levanté la mirada, atraída por un movimiento desde atrás de una ventana del primer piso, y recuerdo haber visto una pequeña persiana blanca dejada caer en su sitio. Y luego sentí una voz de mujer, la misma que había escuchado pocos días antes al teléfono. La voz de la señora Millicent Mc Millian, terriblemente cercana.

—¡Señorita Bruno! Es usted, ¿verdad?

Me giré de golpe en la dirección de la voz, olvidando el movimiento de la ventana del primer piso. Una mujer de mediana edad, huesuda, enjuta y con un aire afable, seguía hablando, como un río desbordado. Me envolvió.

—¡Pero claro que es usted! ¿Quién más podría ser? No recibimos muchas visitas aquí en Mildnight Rose House, y además, la estábamos esperando. ¿Ha hecho buen viaje, señorita?, ¿ha encontrado con facilidad la casa?, ¿tiene hambre, sed? Querrá descansar, supongo... Llamo inmediatamente a Kyle para que lleve el equipaje a su habitación... He elegido una habitación bonita, simple pero deliciosa, en el primer piso... —Intenté, con escasos resultados, responder al menos a una de sus preguntas, pero la señora Mc Millian no detenía su flujo ininterrumpido—. Por cierto, estará en el primer

piso, como el señor Mc Laine... Por Dios, él no necesita asistencia de usted, ya tiene a Kyle, que es su enfermero... Él es en realidad un manitas... es también conductor..., ¿de quién?, no lo sabemos, ya que el señor Mc Laine no sale nunca... ¡Oh!, ¡me alegra mucho de que esté aquí! Sentía verdaderamente la falta de una compañía femenina... Esta casa es un poco lúgubre, adentro, claro... Aquí, al sol, todo parece maravilloso..., ¿no cree? ¿Le gusta el color?, es audaz, lo sé..., pero al señor Mc Laine le gusta.

Eh aquí..., pensé con amargura. Una pregunta, a la cual no tener que responder me hacía feliz.

Seguí a la mujer dentro del patio, y luego en el atrio enorme de la casa. No dejó un momento de hablar, en tono tintineante como el sonido de una campana. Me limité a asentir acá y allá, echando un rápido vistazo a los ambientes por los cuales íbamos pasando.

La casa era realmente enorme, constaté con sorpresa. Me había esperado una decoración más sobria, espartana, masculina, dado que el propietario, mi nuevo empleador, era un hombre que vivía solo. Evidentemente sus gustos eran de todo menos minimalistas. Los muebles eran lujosos, pomposos, antiguos. Del siglo XVIII, pensé, aunque no soy una experta en antigüedades.

Aceleré el paso para no alejarme del ama de llaves, rápida como un guepardo.

—La casa es enorme —balbuceé, aprovechando una pausa en su largo monólogo.

Me echó una ojeada por encima del hombro.

—Lo es, señorita Bruno, pero la mitad está cerrada. Nosotros usamos sólo la planta baja y el primer piso. Es demasiado grande para un hombre solo, y agotador, para quien habla, que me encargo de ella. Aparte de la limpieza grande, de la que se ocupa una agencia de limpieza, para el resto estoy sólo yo. Y Kyle, naturalmente, que tiene otras tareas. Y usted, ahora.

Finalmente se detuvo de frente a una puerta y la abrió. Le di el alcance, con la respiración ligeramente agitada. Estaba casi jadeante, exhausta.

Se me adelanto, y entró primero a la habitación, con una sonrisa hospitalaria en los labios.

—Espero que le guste, señorita Bruno. A propósito... ¿se pronuncia Bruno o Brunò?

—Bruno. Mi padre era de origen italiano —dije, con los ojos absortos en la contemplación de la habitación.

La señora Mc Millian reanudó la charla, y se puso a contarme diferentes anécdotas de su breve estancia juvenil en Italia, Florencia, y sus sucesivas vicisitudes como estudiante de historia del arte que bregaba contra la rígida burocracia local.

Le presté atención a medias, estaba demasiado emocionada como para fingir interés. La habitación, que ella llamaba simple, era el triple de mi agujero londinense. Mis dudas iniciales fueron desbaratadas. Apoyé la maleta en la cómoda y volví a mirar la gran cama con dosel, tan antigua como el resto de muebles. Un escritorio, un ropero, una mesa de noche, una alfombra sobre el suelo de madera, una ventana a medio abrir. Me dirigí en esa dirección y la abrí del todo, disfrutando del panorama espléndido que me rodeaba. A lo lejos se veía la aldea, que apenas había percibido durante el recorrido en autobús, enrocada en la otra vertiente de la colina, una franja de río que desaparecía a mi derecha, escondida por la densa vegetación, y el jardín de abajo, bien cuidado y lleno de plantas.

—Adoro ocuparme del jardín —continuó tranquilamente el ama de llaves acercándoseme—. En particular, amo las rosas. Como ve, he cogido un manojito para usted.

Me giré, fijándome, recién en ese momento, en el gran florero sobre la cómoda, rebosante, con un ramo lleno de rosas. Cubrí como un rayo la distancia que me separaba de él, y sumergí la nariz entre sus pétalos carnosos. El perfume me atontó al instante, lo sentí directo en mi cabeza, y me provocó un ligero mareo.

Por primera vez, en mis veintidós años de vida, me sentí en casa. Como si hubiera arribado finalmente a un puerto seguro y acogedor.

—¿Le gustan las rosas blancas, señorita? Quizá las prefería naranjas o rosas. O quizás amarillas...

Volví a pisar tierra, arrastrada a la fuerza por aquella pregunta insidiosa, qué claro, la amable mujer había pronunciado inocentemente y sin ninguna sospecha.

—Me gustan todas. No tengo preferencias —murmuré, cerrando los ojos.

—Apuesto a que le gustan rojas. A todas las mujeres les gustan rojas. Pero me parecían inadecuadas... Quiero decir..., debería ofrecerlas como regalo sólo un pretendiente... ¿Usted está de novia, señorita Bruno?

—No. —Mi voz era poco más que un soplo, con el tono cansado de quien nunca ha dado una respuesta diversa.

—Qué tonta. Es obvio que no lo está, si lo estuviese no estaría aquí, en este lugar apartado, lejos de su amado. Aquí, dudo que pueda encontrar a alguien...

Reabrí los ojos.

—No estoy buscando un novio.

Su expresión se tranquilizó.

—Entonces no se decepcionará. Aquí es prácticamente imposible encontrar pareja, ya todos están acompañados. Se ennovian literalmente en pañales, o a más tardar en las carpetas de la guardería... Sabe cómo son las pequeñas comunidades rurales, cerradas a lo nuevo y diverso.

Y yo era lo diverso, irremediabilmente diversa.

—Como le he dicho, no será un problema para mí —dije en tono firme.

—Sus cabellos son de un rojo espléndido, señorita Bruno. Envidiables, diría yo. Dignos de una escocesa, aunque usted no lo sea.

Me pasé distraídamente la mano entre los cabellos, esbozando una sonrisa forzada. No respondí, acostumbrada como estaba a ese tipo de comentarios.

Ella volvió a cotorrear, y de nuevo me distraje, con la mente llena de recuerdos venenosos, unos más lentos en evaporarse, otros más reacios a descolorar, y otros más veloces en aflorar.

Para no dejarme traspasar una vez más por los dardos encendidos de la memoria, interrumpí su relato de otra anécdota.

—¿Cuál será mi horario de trabajo?

La mujer asintió en señal de aprobación, descubriendo mi dedicación al trabajo.

—De las nueve de la mañana a las cinco de la tarde, señorita. Por supuesto que tendrá una pausa para el almuerzo. En ese sentido, le informo de que el señor Mc Laine prefiere consumir sus comidas en la habitación, en completa soledad. Me temo que no será de mucha compañía. —Esbozó una mueca de pesar, y su tono se hizo de excusa—. Es un hombre muy amargado. Usted sabe, por lo de la tragedia... Es como un león enjaulado, y créame... cuando ruge, dan ganas de dejarlo todo y marcharse... como han hecho otras tres secretarias antes que usted...

Sus ojos parecieron examinarme, agudos como lentes de aumento.

—Usted me parece dotada de mayor sensatez y sentido práctico... Espero que resista más tiempo, lo deseo de corazón...

—A pesar de mi apariencia débil y frágil, estoy dotada de una paciencia infinita, señora Mc Millian. Le aseguro que haré lo mejor de mi parte para estar a la altura —le prometí, con todo el optimismo que logré reunir.

La mujer me regaló una amplia sonrisa, conquistada por la solemnidad de mi declaración. Esperé no haber vendido la piel del oso antes de cazarlo.

La mujer se dirigió hacia la puerta, aún sonriente.

—El señor Mc Laine la espera dentro de una hora en su estudio, señorita Bruno. No se deje amilanar. Párele el macho, es el único modo para no hacerse echar en la primera ocasión.

Batí los párpados, abrumada por la agitación inicial.

—¿Le gusta poner en dificultades al personal?

Ella se puso seria.

—Es un hombre duro, pero justo. Digamos que no aprecia a las "gallinas", y hace de todo para comérselas en un bocado. El problema es que muchos milanos se transforman en gallinas ante su presencia...

Se despidió con una sonrisa y abandonó la habitación, ignorando el ciclón que se anidaba en mi cabeza, generado por su discurso final.

Volví a la ventana. La brisa había desaparecido, sustituida por un inusual calor sofocante, característico más del continente que de aquel territorio. Con esfuerzo logré poner mi mente en stand-by, liberándola de los pensamientos nocivos. Volvió a ser una página en blanco, intacta, fresca, libre de toda preocupación. Pero tuve la certeza fulminante, conociéndome como me conocía, de que esa paz era relativa, efímera como una huella sobre la arena, que pronto sería borrada por la marea que se retrae. La acogida de la señora Mc Millian no debía engañarme. Ella era una simple trabajadora, ni más ni menos que la suscrita. Era bueno, pensándolo bien, que estuviera de mi parte, y que me ofreciera una alianza cómplice con su espontaneidad; pero no debía olvidar que mi empleador era otra persona. Mi estancia en esa casa, tan agradable y tan diversa de cualquier otro lugar que hubiera conocido antes, dependía exclusivamente de él, o más bien de la impresión que yo le causara. Yo, sólo yo. Sabía demasiado poco de él, para relajarme. Un hombre solo, condenado a una prisión peor que la muerte, relegado a una vida a medias, un escritor solitario y de mal carácter... Según las veladas alusiones de mi guía, se trataba de un hombre que disfrutaba poniendo en dificultad a las personas, quizá le gustaba desahogar su sed de venganza en otros, no pudiendo desquitarse de su única

You've Just Finished your Free Sample

Enjoyed the preview?

Buy: <http://www.ebooks2go.com>